

Capítulo 5

“El conflicto israelí-palestino es culpa de una disputa ancestral”

El conflicto israelí-palestino contiene diferentes disputas –entre ellas, la mayor es una lucha territorial–, pero también es un choque entre dos narrativas irreconciliables, cada una de las cuales busca imponer su verdad negando la de su enemigo y rival. Del lado israelí, la narrativa es la de un pueblo perseguido que ha vuelto a su patria histórica para construir un Estado nación que “libere” a los judíos. En cambio, del lado palestino, su historia es la de una resistencia contra colonos extranjeros, sin derecho a la tierra, que ignoran los derechos de la mayoría nativa y que han desarrollado un puesto de avanzada del imperialismo occidental. Es decir, dos relatos irreconciliables, con muy poco terreno de encuentro –y acuerdo– entre ellos.

Incluso los israelíes que están muy bien informados sobre la historia del conflicto y sus complejidades tienen poca comprensión –o directamente ninguna– de lo que las consecuencias (y éxito) del proyecto sionista conllevaron para los palestinos. Y viceversa. Los palestinos parecen no entender –o descartan como artificial– la significación de un Estado nacional para los judíos en la tierra desde donde sus ancestros fueron exiliados por los romanos al comienzo de la era cristiana. Esta falta conjunta de empatía (de judíos hacia palestinos como de palestinos hacia judíos) ha caracterizado el conflicto israelí-palestino desde un primer momento provocando que los dos

actores no puedan asumir que la disputa representa una parte integral de las respectivas –y conflictivas– aspiraciones nacionales de ambos pueblos.

Imágenes contrapuestas

Asimismo, hay diferentes narrativas para “explicar” a Israel y a los palestinos. Al Estado hebreo se lo puede describir tanto como una historia de éxito como otra de dominación. La primera cuenta a Israel como una nación triunfante dentro de una zona de Estados autoritarios y autocráticos, que ha logrado establecer una democracia parlamentaria y que ha evolucionado económicamente desde el Tercer Mundo hacia el primero (de exportar naranjas de Jaffa al software de Ramat HaHayal). En tanto, la segunda foto es la de un Estado colonial, en constante lucha con sus vecinos y que necesita afirmar su carácter nacional sometiendo a otra nación, a la que le niega la posibilidad de autodeterminación mediante el robo de sus tierras y la imposición de una dictadura militar.

Por otra parte, a los palestinos también puede encuadrárselos en dichos juegos de espejos. Si bien la imagen instantánea que se tiene del pueblo palestino arroja una esmerada lucha contra el sometimiento israelí, bajo el deseo de lograr un Estado independiente, muchos de ellos han negado cualquier conexión judía con el territorio en disputa y combinado el antijudaísmo con el terrorismo.

A fines del siglo XVIII, aproximadamente 275.000 personas vivían en Palestina (zona a la que los romanos le cambiaron el nombre de Judea a Palestina, luego del aplastamiento de la rebelión indígena judía de Bar Kojba, que transcurrió entre 132 y 135 d. C.), entre las cuales había unos 7.500 judíos, casi todos

ellos ortodoxos sefardíes, que gozaban de autonomía religiosa bajo el dominio turco otomano de entonces.¹⁰⁴

La exploración sionista

En abril de 1897, una delegación de 21 sionistas zarpó hacia Jaffa para investigar si el territorio de Palestina sería adecuado para la inmigración judía. Theodor Herzl –fundador del sionismo moderno, quien había publicado su libro seminal *El estado judío* el año anterior, en el que proponía una independencia para los hebreos– nunca había estado en Palestina y esperaba que el grupo presentara un informe exhaustivo de su visita al Primer Congreso Sionista, que se celebraría en Basilea en agosto de ese año. Cuando la delegación sionista hizo su visita, la población judía se había por lo menos triplicado y la inmigración (mayoritariamente askenazí) se había elevado. No obstante, el informe de la comitiva repetiría una constante de muchos miembros del movimiento sionista a través de los años: negar que había otro pueblo en dicho territorio (que totalizaba cerca de medio millón de personas en 1880, 700.000 en 1914 y llegaría a un millón 250.000 en 1947) que no veía con buenos ojos la formación de un movimiento nacional judío donde los árabes eran mayoría. Incluso el libro fundacional de Herzl no hace mención alguna a los “árabes”, musulmanes o cristianos.

La explicación de dicha omisión contenía diversos motivos como características de origen. El sionismo era (¿es?) una ideología independentista y un movimiento colonial. Pero no es un

104 Benny Morris, *Righteous Victim: A History of the Zionist-Arab conflict 1881-1999*, p. 4, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1999.

movimiento colonial como el clásico ejemplo europeo, en el que los países imperialistas proyectaban su poder y explotaban a las poblaciones nativas junto a sus recursos naturales, sino uno que, en cambio, pretendía servir a un pueblo desunido en la diáspora (y no a un poder imperial) que necesitaba controlar un territorio para encontrar un refugio donde reconstruirse política, social y económicamente. A la vez, el paradigma colonialista clásico no se ajusta totalmente a la historia sionista israelí, ya que no logra captar la conexión religioso-nacional judía con la Tierra de Israel, que es tan fundamental para su identidad. Claro que es preciso consignar que desde un primer momento los sionistas buscaron acercarse a los poderes mundiales –ya sean los otomanos, alemanes o británicos– para tratar de motorizar su empresa nacional.

También debe destacarse que el mecanismo de negación sobre la presencia árabe en Palestina tenía el objetivo de favorecer el proyecto sionista: admitir que el territorio estaba rodeado de una población mayoritaria árabe, que nunca fue muy propensa a aceptar la autodeterminación nacional de otros pueblos, hubiese atacado la fiabilidad de los objetivos nacionalistas judíos. Es decir, el movimiento sionista negó el “problema árabe” no solo porque priorizó los objetivos de sus sufridos miembros ante el de los mayoritarios habitantes del lugar, también lo hizo debido a que admitir dicha dinámica podía cuestionar moralmente (incluso prácticamente) su proyecto.

Sin embargo, fue en gran parte debido al “peligro” y amenaza del sionismo, que los mayoritarios habitantes del lugar comenzaron a desarrollar una conciencia colectiva nacional basada en una identidad palestina árabe. O sea que, a pesar de la innegable presencia de masivas comunidades árabes en Palestina, los árabes no se autodenominaban mayoritariamente como

“pueblo palestino” hasta poco después de la Primera Guerra Mundial, y muchos consideraban la zona de Tierra Santa como parte de “la gran Siria”. Debe decirse que los propios israelíes siguieron negando que los palestinos fuesen “un pueblo” incluso muchas décadas después de que los mismos palestinos se convirtieron en uno, considerando la denominación como el desarrollo de una conciencia colectiva y de aspiraciones políticas en común.

A la vez, cuando a partir de 1880 el movimiento sionista se enfocó principalmente en Palestina (a pesar de que hubo otras opciones nunca del todo aceptadas, como Uganda) y comenzó a comprar –no a conquistar por la fuerza– tierras donde establecer comunidades y asentamientos, los judíos no quisieron reconocer el efecto que tenía esta empresa sobre los árabes palestinos, quienes empezaron a demostrar una incipiente hostilidad hacia los colonos judíos (pero también ayudaron a su desarrollo vendiéndoles tierras). Durante las primeras cuatro décadas de la inmigración sionista a Palestina, la violencia contra ella fue escasa y desorganizada, aunque la oposición a tal empresa inmigratoria estuvo clara desde un primer momento. (En 1886, un ataque árabe contra colonos judíos fue descrito en la prensa sionista como un pogromo, aunque las autoridades hebreas sentenciaron que el incidente no estuvo motivado por “odio nacionalista”).¹⁰⁵

En la mayoría de las áreas de la primera inmigración sionista –ya fuera la costa entre Haifa y Yafo como los valles del Jordán y Jezreel–, la tierra era pantanosa y estaba mayoritariamente

105 Gershon Shafir, *Land, Labor and the origins of the israeli-palestinian conflict 1882-1914*, p. 201, Los Angeles, University California Press, 1996.

deshabitada, pero en otras zonas la inmigración trajo aparejado el desalojo de los agricultores árabes que arrendaban dicho suelo. Esa fue una de las más importantes causas de la oposición árabe al sionismo previo a la Segunda Guerra Mundial, sumada al miedo –basado en las escrituras religiosas– de que los judíos pretendían instaurar un reino desde el río Éufrates al río Nilo.

Ya en 1899, el dignatario musulmán para Jerusalén Yusuf Diya al Khalidi le escribió al Gran Rabino de Francia, Zadok Khan: “¿Quién puede dudar de los derechos de los judíos en Palestina? Históricamente es realmente el país de ustedes”. Aunque luego dejaba en claro que la realidad de ese momento debía ser considerada: “Dios mío, el mundo es lo suficientemente vasto, todavía hay países deshabitados donde uno puede asentar a millones de judíos pobres que quizás se vuelvan felices allí y algún día constituyan una nación. Pero en nombre de Dios, hay que dejar a Palestina en paz”.¹⁰⁶ La carta fue entregada a Theodor Herzl, quien la contestó dos semanas después ignorando la advertencia de Khalidi y argumentando que el sionismo solo traería beneficios a Palestina y a toda su población. Herzl moriría en 1904 y el sionismo seguiría siendo un movimiento marginal, ya que en las tres décadas previas a la Primera Guerra Mundial millones de judíos de Europa del Este que pudieron emigrar escogieron una tierra mucho más prometedora: Estados Unidos.

Algunos de los sionistas más prominentes de la época, incluido Ajad Ha'am, no vieron ningún vacío en Palestina. Se dieron

106 Carta de Yusuf Diya Pasha al Khalidi al Gran Rabino Zadok Kahn, Estambul, 1 de marzo de 1899, H1 \ 197 Documentos de Herzl, Archivos Sionistas Centrales.

cuenta de que los árabes locales desatarían una guerra contra ellos. En 1891, Ha'am había escrito: "Seguramente debemos aprender, tanto de nuestra historia pasada como de la presente, cuán cuidadosos debemos ser para no provocar la ira de los nativos. ¿Y qué hacen nuestros hermanos? ¡Exactamente lo contrario!... Tratan a los árabes con hostilidad y crueldad, los invaden injustamente, los golpean vergonzosamente sin causa suficiente e incluso se jactan de sus acciones; aun si [los árabes] son silenciosos e interminablemente reservados, mantienen su ira en sus corazones. Y esta gente será vengativa como ninguna otra (...) Esta sociedad (...) tendrá que enfrentar las perspectivas de una guerra interna y externa"¹⁰⁷

Después del Séptimo Congreso Sionista en Basilea en 1905, surgió un acalorado debate sobre la idoneidad de Palestina como hogar nacional, dada su gran población árabe. Una lectura de Yitzhak Epstein, "Una pregunta oculta", ayudó a despertar la polémica exacerbando las tensiones entre los *territorialistas*, que querían establecer el autogobierno judío donde pudieran, y los *sionistas de Sion*, que insistieron en un hogar nacional en Sion (Palestina). "¿Los desposeídos permanecerán en silencio y aceptarán lo que se les está haciendo?", preguntó Epstein. "¡Al final, se despertarán y nos devolverán con golpes lo que les hemos robado con nuestro oro!"¹⁰⁸

107 Marilyn Kleinberg Neimark, *Wrestling with Zion: Progressive Jewish american response to the Israeli-Palestinian conflict*, compilado por Tony Kushner y Alisa Solomon, Sección 1, pp. 15-16, Nueva York, Grove Press, 2003.

108 Nathan Thrall, *The Only Language They Understand: Forcing Compromise in Israel and Palestine*, p. 84, Nueva York, Metropolitan Books, 2017.